

Autor invitado

Sobre el concepto de masa marginal

*José Nun*⁷⁴

Resumen

En 1969 propuse el concepto de masa marginal en un artículo que escribí para la Revista Latinoamericana de Sociología y que generó abundantes controversias. Treinta años después, en 1999, rescaté y actualicé algunos aspectos de mis tesis de entonces en un trabajo que apareció en Desarrollo Económico. Al poco tiempo, este segundo texto fue traducido al inglés por Latin American Perspectives y al portugués por Novos Estudos CEBRAP y ha dado lugar a nuevos debates, especialmente en Brasil. A su modo, se reanuda de esta forma una discusión que, por motivos bastante diferentes, iniciara allí Fernando Henrique Cardoso a comienzos de los setenta.

Palabras claves: Masa marginal, exclusión social, modernidad, América Latina.

Summary

In 1969 I proposed the concept of “marginal mass” in an article for the Latin American Magazine of Sociology that generated lots of controversies. Thirty years later, in 1999, I rescued and updated some aspects of my thesis in a work that appeared at Economic Developing. Soon after, this second text was translated to english by Latin American Perspectives and to portuguese by Novos Estudos CEBRAP and has given place to new arguments, specially in Brazil. In this way, they started again a discusión that, by quite different reasons, initiated there Fernando Henrique Cardoso at the beginning of the seventith.

Keywords: marginal mass, social exclusion, modernity, Latin America.

⁷⁴ Abogado, Especialista en problemas de desarrollo económico, Facultad de Ciencias Económicas, y Diploma superior de estudios e investigaciones en Ciencia Política, Fundación Nacional de Ciencias Políticas, Universidad de París. Investigador Superior, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, (CONICET), y Director del Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de General San Martín.

Introducción

El propósito de estas líneas es situar brevemente al lector en el clima teórico-ideológico en el cual surgió la noción de masa marginal (y el debate en su torno), dado que la distancia que hoy nos separa de esa época resulta mucho más que cronológica. Pese a ello, buena parte del argumento no ha perdido actualidad y, por eso, deseo indicar también la cercanía que existe entre los conceptos y las problemáticas de la marginalidad y de la exclusión social, originados respectivamente en América Latina y en Europa. Por último, me han parecido del caso un par de reflexiones tendientes a corregir el sesgo economicista que suele ser propio del planteo de estas cuestiones.

En las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial el paradigma de la modernización se convirtió en uno de los puntos centrales de referencia del pensamiento social latinoamericano, sea que se estuviese a favor o en contra de sus postulados. Las diversas versiones de ese paradigma, que echó raíces muy profundas en los Estados Unidos, coincidían en identificar a este último país como la encarnación por excelencia de la sociedad moderna, esto es, como el punto de llegada de la historia -- la “primera nación nueva”, según el sugestivo título del libro que publicó Seymour M. Lipset en 1963. Y era por contraste con este punto de llegada, convenientemente estilizado y apologético, que se juzgaban las carencias y el carácter tradicional de los demás países. De acuerdo a una de las fórmulas que más circulaba en ese tiempo, esta interpretación de la modernidad se refractaba en lecturas necesariamente diversas conforme al horizonte particular de la disciplina que se ocupase de ella: para los

economistas, era sinónimo de un crecimiento sostenido del producto per capita; para los sociólogos, de la difusión de valores como la racionalidad, el universalismo, el desempeño, la secularización, etc.; y para los politólogos, de la efectiva institucionalización de una democracia representativa.

Claro que cada uno de estos fenómenos suponía también a los otros aunque fuera poco realista esperar que todos ocurriesen al mismo tiempo. En la visión más ortodoxa y extendida, el conjunto se organizaba según una secuencia cuyo disparador primordial era el crecimiento económico. En este sentido, para alcanzar a los países del primer mundo las naciones subdesarrolladas estaban llamadas a seguir una serie de etapas que esos países ya habían recorrido antes. A estos fines, el primer requisito era que se abriesen al comercio mundial, explotando los bienes primarios que se hallaran en mejores condiciones de producir. En esto, el teorema de las ventajas comparativas elaborado por David Ricardo en el siglo XIX se consideraba irrefutable y volvía lógico que los productores de tales bienes primarios se especializasen en exportar estas mercancías, mientras importaban las manufacturas fabricadas en el primer mundo, salvo aquellos bienes industriales de consumo que fuese más barato producir localmente. Sólo que, para ser efectiva, tal especialización exigía considerables inversiones en capital físico y en capital humano y esto planteaba un problema muy serio -- un “cuello de botella”, como era corriente decir en esos días. El economista Ragnar Nurkse sintetizó la dificultad apelando a lo que llamó el “círculo vicioso de la pobreza”. Sólo se puede invertir, afirmaba, aquello que se ahorra. Pero, por definición, un país

subdesarrollado tiene un ingreso per capita muy bajo y, por lo tanto, quienes lo reciben deben dedicarlo casi totalmente al consumo. El resultado es que poseen una bajísima capacidad de ahorro y, en consecuencia, les queda poco o nada para invertir. Si esto es así, sus niveles de producción y de ingresos seguirán siendo muy reducidos, persistirán tasas mínimas de ahorro y de inversión y la pobreza se perpetuará.

¿Cómo se podía romper este círculo vicioso? De tres maneras concurrentes: atrayendo inversiones extranjeras; obteniendo préstamos en el exterior; y/o recibiendo ayuda financiera y asistencia técnica tanto de otros gobiernos como de organismos internacionales. Era la principal estrategia que se desprendía del diagnóstico y se la juzgaba indispensable para sacar a los países subdesarrollados de su atraso. Más aun: tenía la gran ventaja de que, una vez establecido por ese camino un polo moderno de acumulación, sus efectos positivos empezaban a difundirse rápidamente, como si fueran una mancha de aceite. Se iría monetizando por completo la economía, se expandirían la educación y la movilidad social, se ampliarían las comunicaciones, circularía cada vez más la información y, en una palabra, se modernizarían la producción, el consumo y los valores. Aunque pudiesen surgir desajustes y contradicciones, lo fundamental era que el progreso liquidaría una a una las ataduras de la tradición y el país quedaría instalado en un generalizado proceso de cambio, que remataría en el establecimiento y consolidación de la democracia representativa.

En grados desde luego muy diversos, en los primeros años de la posguerra la experiencia

latinoamericana pareció responder a varias de esas previsiones. En efecto, a partir de la segunda mitad de los años 40 las tasas de crecimiento económico fueron en general elevadas; adquirieron fuerza según los lugares una serie de procesos de transformación agraria, de industrialización y de urbanización; hubo masivos movimientos de población del campo a la ciudad; bajaron los índices de mortalidad; se extendieron la educación y las comunicaciones; e inclusive se iniciaron en varios países campañas de incremento de la participación política, aunque casi siempre de signo populista antes que democrático liberal. Sin embargo, ya desde mediados de la década del 50 se desaceleraron los indicadores de buen desempeño económico, y se hicieron evidentes las graves distorsiones e inequidades que ocultaban. Entre 1950 y 1965 la tasa de desempleo abierto de la región se duplicó; se incrementó la subocupación; la miseria se tornó más visible en ciudades que rebosaban de asentamientos precarios, para grave preocupación de los sectores dominantes; y los golpes militares empezaron a volverse un recurso cada vez más habitual, dirigido sobre todo a ahogar los incipientes intentos democratizadores.

Como siempre ocurre en estos casos, los defensores del paradigma convencional de la modernización se esforzaron por normalizar teóricamente las considerables anomalías que se presentaban. Así, se pasó a cuestionar cualquier dicotomía simple y totalizante entre “lo tradicional” y “lo moderno” para poner el énfasis en las asimetrías y en las discontinuidades de lo que debía ser visto como un proceso y, encima, no siempre irreversible. Se incorporaron al análisis la persistencia y la rigidez de factores regionales, étnicos, religiosos,

etc., y se multiplicaron argumentos acerca de una falta vernácula de espíritu empresarial o de una extendida “cultura de la pobreza” que se convertían en “obstáculos” o “frenos” para la “locomotora” del desarrollo, según las metáforas de la época. Se señalaron también los efectos dislocantes de los cambios rápidos, que se transformaban en generadores de conductas anómicas y de una propensión al extremismo. Y, muy especialmente, se comenzó a descubrir en las dictaduras latinoamericanas virtudes de liderazgo, de racionalidad y de defensa de los valores occidentales que, en situaciones de transición, las recomendaban como verdaderos equivalentes funcionales de regímenes políticos modernos.

Pero, entretanto, sonaban cada vez más potentes las críticas que se iban acumulando contra las premisas mayores en las cuales se sostenía el paradigma de la modernización. Menciono aquí sólo algunas de las que poseen una relevancia más inmediata para nuestro tema. Ante todo, desde fines de los años 40 y por influencia de Raúl Prebisch, el pensamiento de la CEPAL se había organizado en torno a dos ideas estrechamente relacionadas: la existencia de un sistema centro-periferia y la necesidad de la industrialización para combatir el atraso. Contrariamente, entonces, a las enseñanzas que se extraían del teorema ricardiano, las tesis cepalinas señalaban que la llamada “asimetría estructural de las pautas de exportación y de importación” de las economías latinoamericanas no llevaba a disminuir sino a agrandar la brecha que separaba a estas conomías de las desarrolladas. Estas últimas se convertían en beneficiarias directas de una división internacional del trabajo que ponía en sus manos los mayores frutos del progreso técnico, mientras que la periferia se veía condenada a

experimentar desequilibrios permanentes en sus cuentas externas, a sufrir los vaivenes de una demanda errática de sus productos primarios y a tener que soportar una “evolución desfavorable o mezquina de los términos del intercambio”. Precisamente esa existencia de un sistema centro-periferia (o de una cadena imperialista, como preferían sostener los marxistas, o de un sistema capitalista mundial o una economía-mundo, como decían André Gunder Frank o Immanuel Wallerstein) invalidaba la idea de que los países subdesarrollados pudieran alcanzar alguna vez a los desarrollados siguiendo el mismo camino que – supuestamente – estos últimos habrían recorrido.

Es que no se trataba de aislar y de comparar las trayectorias de las naciones en clave liberal, como si fuesen individuos autónomos, sino de comprender sus heterogéneos modos de inserción y los distintos lugares que esas naciones ocupaban en un esquema mundial de intercambios desiguales que tendía a reproducir continuamente las diferencias. Fueron constataciones como éstas las que nutrieron a las diversas corrientes de la literatura sobre la dependencia, que rechazaron la imagen de las etapas y la sustituyeron por un examen sistemático (aunque no necesariamente coincidente) de las sucesivas épocas históricas por las cuales atravesaron tanto el capitalismo mundial como sus partes componentes.

Pero ¿era acaso factible financiar con recursos propios la industrialización que se propugnaba como objetivo? O, dicho de otra manera, ¿cómo se podía romper el círculo vicioso de la pobreza descrito por Nurkse sin aumentar aun más los lazos de subordinación al capital internacional? La respuesta corrió por cuenta de otro economista,

Paul Baran, quien puso en evidencia la falacia que escondía ese pretendido círculo vicioso. En efecto, que un país periférico tenga un bajo ingreso anual per capita no significa necesariamente que posea también una baja capacidad potencial de ahorro. Sucede que el ingreso per capita es una medida promedio, que soslaya la manera en que este ingreso se distribuye. Decir, en cifras de aquella época, que en ciertos lugares de América Latina el ingreso anual per capita era de 400 dólares, ocultaba el hecho de que 7 de cada 8 habitantes recibía 200 dólares mientras que 1 de cada 8 se apropiaba por lo menos de 2000. Y si un razonamiento como el de Nurkse podía aplicarse sin demasiadas dificultades a un ingreso de 400 dólares (y, mucho más, a uno de 200), carecía de sentido cuando ese ingreso era de varios miles. O sea que el problema residía en el modo en que utilizaban su fortuna los estratos más ricos de nuestro subcontinente, donde un 5 % de los habitantes se quedaba con el 50 % del total del ingreso nacional (y ello sin tomar en cuenta su patrimonio ya acumulado). Era la dilapidación de este excedente real en consumos conspicuos, en inversiones no productivas y en remesas al exterior lo que le impedía a América Latina conseguir realizar por sus propios medios el enorme excedente potencial que, en otras condiciones, hubiese estado a su alcance. El cuello de botella era sociopolítico antes que económico y, en la mayor parte del área, sólo podía ser superado a través de una revolución.

Se anunciaban así los grandes temas que iban a dominar el discurso teórico-ideológico de los años 60 y no sólo en América Latina. Ya había llegado al poder la Revolución Cubana, a muy pocas millas de los Estados Unidos, país donde iba quedando rápidamente atrás la serena y triunfal

confianza de la era Eisenhower. Ocupaban ahora la escena norteamericana los hippies, la revuelta estudiantil, el movimiento por los derechos civiles, la guerra de Vietnam (y sus opositores) y el descubrimiento de la pobreza en medio de la abundancia. Si esto sucedía en la "primera nación nueva", en el resto del continente se asociaba ahora a la modernización con el dualismo, con el aumento de las desigualdades, con las burocracias represoras, con la explotación y, finalmente, con la propia persistencia del atraso. Se había ingresado, en palabras de Alexander, a un nuevo período, el de las teorías "anti-modernización" y el "radicalismo heroico", cuya retórica narrativa iba a articularse en torno a las ideas de emancipación y de revolución.

Fue en este marco de confrontación de paradigmas que surgió en la literatura sociopolítica latinoamericana el tema de la marginalidad. Según sostuve entonces, apareció lleno de buenos sentimientos y de malas conceptualizaciones, porque la marginalidad es uno de esos significantes que seduce con trampa. Tienta al uso por su sencillez aparente cuando, en rigor, su significado resulta siempre complejo pues remite a otro que le da sentido: sucede que sólo se es marginal en relación a algo. Al comienzo se llamó marginales a los asentamientos urbanos periféricos (villas miseria, callampas, favelas, rancheríos) que proliferaron sobre todo a partir de la segunda posguerra. Los referentes ecológicos del término eran bastante claros: designaba a viviendas situadas al borde de las ciudades y carentes de ciertos requisitos mínimos de habitabilidad. Implicaba así otros dos significados: el de un centro urbano en relación al cual era caracterizable lo periférico, y respecto a cuyas

condiciones habitacionales medias se juzgaban aquellas carencias. Precisamente este último aspecto fue el que llevó a extender casi de inmediato el uso de la noción, al advertirse que albergues no periféricos (conventillos, cités, callejones, vecindades) padecían deficiencias iguales o peores a las de esos asentamientos. Por lo tanto, se relegó a un segundo plano la localización física de la vivienda, y la marginalidad pasó a referirse a los rasgos negativos propios de esta última.

Definida de esta forma, era presentada ante todo como un problema técnico. Se convocaba a planificadores urbanos, arquitectos, economistas y asistentes sociales para que erradicasen un mal transitorio, producto de un desajuste circunstancial (aunque presumiblemente inevitable) en el proceso de desarrollo. Se elaboraron algunas tipologías de viviendas marginales, se anunciaron ambiciosos programas de construcciones y se estimuló un enfoque hiperempírico de la cuestión que, como constataba sin explicar, dio un gran impulso a las generalizaciones no controladas. Marx decía que los ingleses confunden habitualmente las manifestaciones de un fenómeno con sus causas. Aquí ocurrió algo parecido y el fracaso recurrente de esos esfuerzos aumentó la inquietud de los sectores dominantes, que percibían cada vez más a las áreas marginales como un terreno propicio para las prédicas subversivas y revolucionarias. El problema técnico se convertía en un problema social, y ahora interesaba mucho menos la vivienda que su ocupante. Había llegado el momento de los psicólogos sociales, de los politólogos y de los sociólogos, a quienes se fueron sumando numerosos antropólogos cuyos temas de investigación también migraron del campo a la ciudad.

Es claro que, perdido su anclaje inicial, el significante marginalidad empezó a oscilar entre varios significados posibles. Fue así que los afanes de una “ingeniería social” simplificadora dieron un salto inaceptablemente determinista, y consideraron marginal a todo habitante de una vivienda marginal, a pesar de que si algo mostraban los estudios más serios de que se disponía era la altísima heterogeneidad del mundo de la pobreza urbana. Éste fue también el punto de partida de un enfoque que ganó una rápida circulación, inspirado por ciertos doctrinarios de orientación católica. Según ellos, la marginalidad manifestaba la desintegración interna de grupos sociales afectados por la desorganización familiar, la anomia, o la ignorancia. Se alegaba que ésta era la principal razón que les impedía intervenir en las decisiones colectivas y que tal falta de participación activa se volvía, a su vez, la causa de su bajísima participación pasiva o receptora en “los bienes constitutivos de la sociedad global”. Así planteada la cuestión, los marginales dejaban de ser necesariamente urbanos, pues fenómenos como éstos ocurrían con igual o mayor intensidad en las zonas rurales. Por este camino, se terminaba considerando marginal al 80 % de la población latinoamericana, lo que podía ser bueno a los fines catequísticos, pero le quitaba toda especificidad a la categoría, y dejaba flotando la pregunta de si, en ese caso, no le cabía mejor la denominación de marginal al 20 % restante. Conviene señalar que esta visión del problema cobró una especial importancia en el campo de la práctica política pues, en países como Chile o Venezuela fue el sustento ideológico de las llamadas “campañas de promoción popular” que impulsaron los gobiernos demócrata cristianos. Por otro lado, se adecuaba sin demasiadas dificultades a

las interpretaciones funcionalistas de la modernización que, según los lugares, se hallaban todavía en boga. Es que, como de costumbre, el significado del término marginalidad reenviaba al concepto implícito que le daba sentido. Y en este caso el esquema referencial resultaba evidente: se trataba del polo “urbano-moderno” de la sociedad, cuyo sistema de normas y de valores se continuaba juzgando portador de un proyecto de desarrollo capaz de absorber a los marginales, después de someterlos a una preparación adecuada.

Con ello, los grupos excluidos de la participación dejaban de ser testimonio de una estructura explotadora, para expresar, sobre todo, sus propias deficiencias psicológicas o culturales. Es verdad que sólo un romanticismo ingenuo podía ignorar que la miseria propaga tales deficiencias; pero lo que estaba en cuestión era el orden causal que se pretendía establecer. El tema de la marginalidad se instalaba así en el territorio del mito, para enunciar el mensaje de una incorporación posible a todas las ventajas del desarrollo en el marco de una armonía social tutelada por el privilegio. Revolucionarios de una sola revolución – la que separa lo tradicional de lo moderno – cumplía a los científicos sociales contribuir a allanar el camino, preservando las bases del orden constituido. No es que al hacerlo dejaran de denunciar algunas de las carencias y de los sufrimientos que agobiaban a los marginales. En la retórica del mito burgués, enseña Barthes, juega un papel clave la figura de la vacuna: se confiesa “el mal accidental de una institución de clase para ocultar mejor el mal principal”. De este modo, “se inmuniza a la imaginación colectiva con una pequeña inoculación del mal reconocido y así se la defiende contra el riesgo de una

subversión generalizada”. Fue justamente con la intención de echar un poco de luz sobre ese “mal principal” y de darle otro uso al término marginalidad que intenté reformular la problemática en cuestión, introduciendo la noción de masa marginal. Me situé para ello en el campo del materialismo histórico, apelando a una relectura de varios textos de Marx que me parecían y me siguen pareciendo importantes. Y me valí también de algunas contribuciones metodológicas de Althusser que me ayudaron a organizar la reflexión, por más – debo decirlo – que nunca participé de la “moda althusseriana”, tal como ya entonces advertía en una nota al pie. Dejo al lector la tarea de evaluar por sí mismo la medida en que mis trabajos de hace treinta años estuvieron fundados en algo más que la retórica revolucionaria característica de la época.

Corresponde ahora que haga por lo menos una rápida mención del tipo más común de crítica que recibió en ese tiempo la noción de masa marginal. El concepto de ejército industrial de reserva fue utilizado por Marx para designar los efectos funcionales de la superpoblación relativa en la fase del capitalismo que él estudió. Propuse que se denominara, en cambio, masa marginal a la parte de la superpoblación relativa que, en otras situaciones, no producía esos efectos funcionales. Pero eran años en los cuales un hiperfuncionalismo de izquierda dominaba buena parte del pensamiento social latinoamericano. Como alguna vez apuntó Wilbert Moore, los propios funcionalistas norteamericanos (entre quienes se contaba) nunca habían llegado tan lejos: afirmaban que muchas cosas eran funcionales para la reproducción del capitalismo, no que todo le era funcional. Es lo que hicieron, en cambio, los críticos de la

noción de masa marginal, que se empeñaron en demostrar que hasta el último de los campesinos sin tierra o de los vendedores ambulantes de nuestras ciudades eran no únicamente funcionales sino decisivos para la acumulación capitalista. Por eso, con frecuencia, sus objeciones o fueron injustas o resultaron excesivas, sin perjuicio de que algunas de ellas hayan servido para iluminar efectivamente otros aspectos del problema.

En primer lugar [hay que considerar] los modos diversos que han asumido en América Latina los procesos de desarrollo desigual, combinado y dependiente, satelizando en grados variables a formas pre- o proto-capitalistas de producción. A mayor abundamiento, pueden consultarse sobre el mismo punto otros trabajos de mis asociados y míos, citados en la bibliografía. Es decir que tales contribuciones parciales a la acumulación capitalista según los lugares (provisión de alimentos baratos, circuitos de distribución en áreas carenciadas, trabajadores precarizados) estaban contempladas en mi argumento aunque no fuesen centrales para él – como, de paso, tampoco lo fueron para Marx cuando se ocupó de estas cuestiones. Sólo que, en segundo lugar, no era ni es plausible sostener que el conjunto de la superpoblación relativa resulte funcional en todas sus dimensiones (aun cuando pueda serlo en algunas) ni esto significa tampoco que las pautas funcionales que los observadores detectaban fuesen necesariamente las más convenientes o rentables para los sectores capitalistas hegemónicos. Parece casi obvio que allí donde opera tal funcionalidad en el mercado de bienes, por ejemplo, es porque este mercado no se ha vuelto todavía atractivo para esos sectores capitalistas. Y ello porque, como

observa Godfrey, “tan pronto como los pequeños productores han desarrollado un mercado de algún interés, las firmas más grandes se apoderan de él, con la ayuda del estado si hace falta”.

La discusión perdió así de vista la diferencia crucial que separa a los procesos de conservación y de disolución de las formas productivas y comerciales preexistentes en una economía determinada, y el hecho no menos importante de que el curso, la complejidad y la intensidad de tales procesos se modifica de acuerdo al contexto específico de que se trate. Para establecer la pretendida funcionalidad general de la superpoblación relativa, mis críticos se concentraron casi exclusivamente en situaciones marcadas por procesos de conservación, sin advertir que, en todo caso, el aporte que hacían esas situaciones al esquema central de acumulación era tan bajo que no alcanzaba los umbrales requeridos para que se desencadenasen los procesos de disolución propios de las expansiones capitalistas. De todas maneras, debo resaltar nuevamente que el asunto nunca me fue ajeno (¿cómo podía serlo dado el campo de estudio elegido?) y se encuentra tematizado, por ejemplo, en mis hipótesis acerca de los peculiares mecanismos de integración del sistema y de integración social que, en muchas regiones, han sido característicos del desarrollo capitalista dependiente. El desacuerdo radica en que allí donde mis críticos ponían el acento en la funcionalidad que derivaba de los procesos de conservación, yo pensaba que esta funcionalidad aparente encubría un fenómeno mucho más profundo: la necesidad de a-funcionalizar los excedentes de población no funcionales que, si no, se corría el riesgo de que se volvieran dis-funcionales, dado que no eran incorporables a las formas

productivas hegemónicas. (Nótese que un excedente de población no funcional puede resultar a-funcional o dis-funcional en relación con el sistema que lo genera. En el primer caso, cuyo ejemplo extremo ha sido el apartheid sudafricano pero cuyas manifestaciones latinoamericanas abundan – la Sierra peruana, el Nordeste brasileño, etc. -, el excedente se encapsula y así se lo neutraliza, absorbiendo sólo a la mano de obra que se necesita, en el momento, en las condiciones y por el tiempo que convengan. En el segundo caso, en cambio, tal excedente puede volverse peligroso y demandar crecientes gastos fiscales para sofocar sus protestas, frenar la inseguridad o evitar el deterioro de la situación sanitaria del conjunto de la población).

Esta verdadera gestión política de esos excedentes fue uno de los temas que escapó al horizonte de la mayoría de mis críticos al tiempo que era uno de los puntos de mira principales del concepto de masa marginal.. Todo lo cual resultaba congruente con mi doble conjetura de fondo. Por un lado, creía que, a impulsos del capital monopolista transnacional, empezaban a ampliarse y a cobrar una gran intensidad los procesos que aquí he llamado de disolución. Por el otro, consideraba que estos procesos tendían a ser protagonizados por agentes económicos que generaban cada vez menos puestos de trabajo de buena calidad. A pesar de previsibles variaciones espaciales y temporales, parece legítimo afirmar que esta doble conjetura ha demostrado poseer un alto nivel de plausibilidad, que las políticas económicas neoliberales de las últimas décadas no han hecho más que acrecentar.

Esto dicho, agrego una apostilla que algunas discusiones me revelaron que es menos obvia de lo que supuse.

Introducir y fundamentar un concepto como el de masa marginal no equivale a sostener que resulta aplicable siempre y en todas partes. No sólo mis colaboradores y yo distinguimos desde el comienzo entre diversos tipos de marginalidad sino que la prevalencia (o no) de los efectos “ejército industrial de reserva” o “masa marginal” en situaciones particulares es una cuestión empírica, para cuyo tratamiento – y éste es el asunto – se necesita contar con los instrumentos teóricos adecuados.

Valga ahora un breve comentario sobre la categoría de exclusión social. En los tiempos de nuestro debate latinoamericano acerca de la marginalidad, esta categoría hacía su aparición en Francia, en un libro de Pierre Massé, primero, y en otro de René Lenoir, después. Sólo que tanto Francia como el resto de Europa vivían entonces esos años de gran prosperidad que han sido denominados “los treinta gloriosos”, con bajísimas tasas de desocupación, empleos estables, buenos salarios y la protección que brindaban los diversos Estados de Bienestar. No hace falta decir que se trataba de realidades muy distintas a las latinoamericanas. Los excluidos eran allí quienes habían quedado a la vera del camino del progreso general, pobres testimonios andrajosos de un pasado del que la mayoría de los sectores populares habían podido escapar. El propio nombre que se les daba denunciaba de inmediato el vínculo teórico con la matriz DURKHEIMIANA (v.) de la cohesión social: eran los inadaptados, los que quedaban fuera y no estaban en condiciones de entrar. Sin embargo, el carácter circunscrito del fenómeno, en una época de bonanza tan extendida, hizo que el término tuviese una circulación muy limitada. Su reaparición y su éxito datan de comienzos de la década del 90, cuando

ya habían cambiado los datos positivos de la posguerra y la creciente precariedad de los puestos de trabajo había desgastado seriamente los cimientos mismos de la que Robert Castel bautizó como la “sociedad salarial”. Según señala Paugam, en su nueva encarnación la categoría no designa ya a grupos particulares sino a procesos susceptibles de conducir a una ruptura progresiva de los lazos sociales. “En consecuencia, el éxito de la noción de exclusión se liga en gran parte a una toma de conciencia colectiva de la amenaza que pesa sobre franjas cada vez más numerosas y mal protegidas de la población”. Es decir que en los 90 el concepto europeo de exclusión social reencuentra los temas que ya nos planteábamos en América Latina en los 60. Desde luego, se trata de contextos que siguen siendo muy distintos, y los niveles europeos de desarrollo, de bienestar y de protección social superan ostensiblemente a los latinoamericanos. Es llamativo constatar, sin embargo, hasta qué punto algunas de nuestras formulaciones de entonces reaparecen ahora casi a la letra. Es Julien Freund observando que la noción de excluido está “saturada de sentido, de no sentido y de contrasentido” y prácticamente se le puede pedir que diga lo que uno quiera. O es Ralf Dahrendorf refiriéndose a la underclass (el otro término en boga) como los que están de más: “Si se me perdona la crueldad de la expresión, no se los necesita. El resto puede vivir sin ellos y le gustaría hacerlo”. Agrego el subrayado para que el lector tenga a bien recordarlo cuando compare con las que fueron mis tesis iniciales acerca de la masa marginal.

Hay que tener en cuenta la índole mucho más política que económica del problema de la marginalidad social, a la que ya me he referido en otros lugares, que hoy

asume más relevancia que nunca en una América Latina de mercados fuertes y de estados débiles. Para ello quiero mencionar un estudio de Göran Therborn, que ha recibido menos atención de la que merece. En él, Therborn se dedica a investigar las causas del desempleo en 16 de los países más avanzados del mundo, durante el período 1974 – 1984. Su primer hallazgo era previsible: la crisis económica de la década del 70 tuvo un impacto muy distinto en cada uno de esos lugares. Desde el punto de vista de la ocupación, en ciertos sitios la crisis provocó un desempleo masivo y en otros, un desempleo alto. Pero hubo cinco naciones donde esto no ocurrió, confirmando que el desempleo no es de ninguna manera una fatalidad. Estas naciones fueron: Suecia, Noruega, Austria, Suiza y Japón. ¿Cómo fue que estos países lograron mantener baja la desocupación? La respuesta de Therborn es simple y convincente: “La existencia o no de un compromiso institucionalizado con el pleno empleo constituye la explicación básica del impacto diferencial de la actual crisis” (p. 23). ¿En qué consistió este compromiso? Ante todo, como es obvio, en un esfuerzo explícito y decidido de impedir a cualquier costa que la desocupación avanzase. Después, en la puesta en marcha de mecanismos y de políticas anticíclicas. A la vez, se implementaron activamente programas específicos para impulsar el ajuste entre la oferta y la demanda de mano de obra en el mercado de trabajo con la mira puesta en el pleno empleo. Finalmente, hubo un empeño sostenido y deliberado por no usar al desempleo como instrumento para conseguir otros objetivos económicos o políticos. Nótese que los propulsores de un compromiso de este tipo no fueron en todas partes los mismos. En el caso de Suecia y, algo menos, de Noruega,

ocurrió un importante ascenso del movimiento obrero y una fuerte consolidación de la socialdemocracia. Esta última dominó también la escena pública en Austria desde 1970. Pero en Japón y en Suiza, en cambio, primó una preocupación conservadora por el orden y la estabilidad, asentada en la no deificación del mercado. Los ejemplos que da Therborn podrían multiplicarse en el espacio y en el tiempo.

Hoy en día, es notable el contraste entre países como EEUU y Alemania, ambos golpeados fuertemente por la crisis económica mundial. En el primero de ellos, no se detiene un crecimiento altísimo del desempleo que, en cambio, Alemania logró evitar. Como señala Paul Krugman: “Ese milagro alemán no ha concitado gran atención en Estados Unidos pero es real, es notable, y plantea serias preguntas con respecto de si el gobierno estadounidense está adoptando las medidas adecuadas” (La Nación. 14/11/2009, énfasis agregado).

La lección que se desprende de estas experiencias es bastante clara. Cuando se habla de marginalidad, de exclusión social, de desempleo o de subocupación, no se está aludiendo a hechos de la naturaleza sino a emergentes de relaciones de poder determinadas. Es del carácter y de la lógica de estas últimas que depende que la lucha contra la marginación y contra la pobreza quede seria y firmemente ubicada (o no) en el primer lugar de la agenda y que se esté dispuesto (o no) a pagar todos los costos necesarios para que esta lucha sea eficaz. Dicho de otro modo, la existencia de esos fenómenos tiene siempre responsables; y se cuentan entre ellos quienes, por acción u omisión, en la práctica soslayan su urgencia y su importancia y eligen otras prioridades, confiando en que la

desocupación y el subempleo se resolverán por arrastre. América Latina ha comenzado a transitar el nuevo milenio con un panorama social francamente angustiante y, en varios sentidos, bastante peor al de la década del 60. Ojalá se mantenga vivo el debate acerca de las verdaderas razones que nos han conducido a esta situación.

(Texto resumido y actualizado de la Introducción a Marginalidad y exclusión social, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001)

Bibliografía

Germani, Política y sociedad en una época de transición (pp. 117 - 126);
Nurkse, Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries;
Pinto, “Centro-periferia e industrialización”;
Baran, The Political Economy of Growth;
Alexander, “Modern, Anti, Post, Neo”;
Wilson, When Work Disappears;
Barthes, Mythologies;
Nun, "Los paradigmas de la ciencia política", Revista Latinoamericana de Sociología, 1966, 1: 67-97;
Kay, Latin American Theories of Development and Underdevelopment;
Murmis, “Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo”;
Nun, Crisis económica y despidos en masa;
Godfrey, “Surplus Population and Underdevelopment: Reserve Army or Marginal Mass?”;
Pierre Massé, L'exclusion sociale;
René Lenoir, Les exclus;
Serge Paugam, L'exclusion: l'état des savoirs;
Freund, “Prefacio”, en Xibberas, Les theories de l'exclusion;
Dahrendorf, “The Changing Quality of Citizenship”;
Therborn, Why Some Peoples Are More Unemployed Than Others.